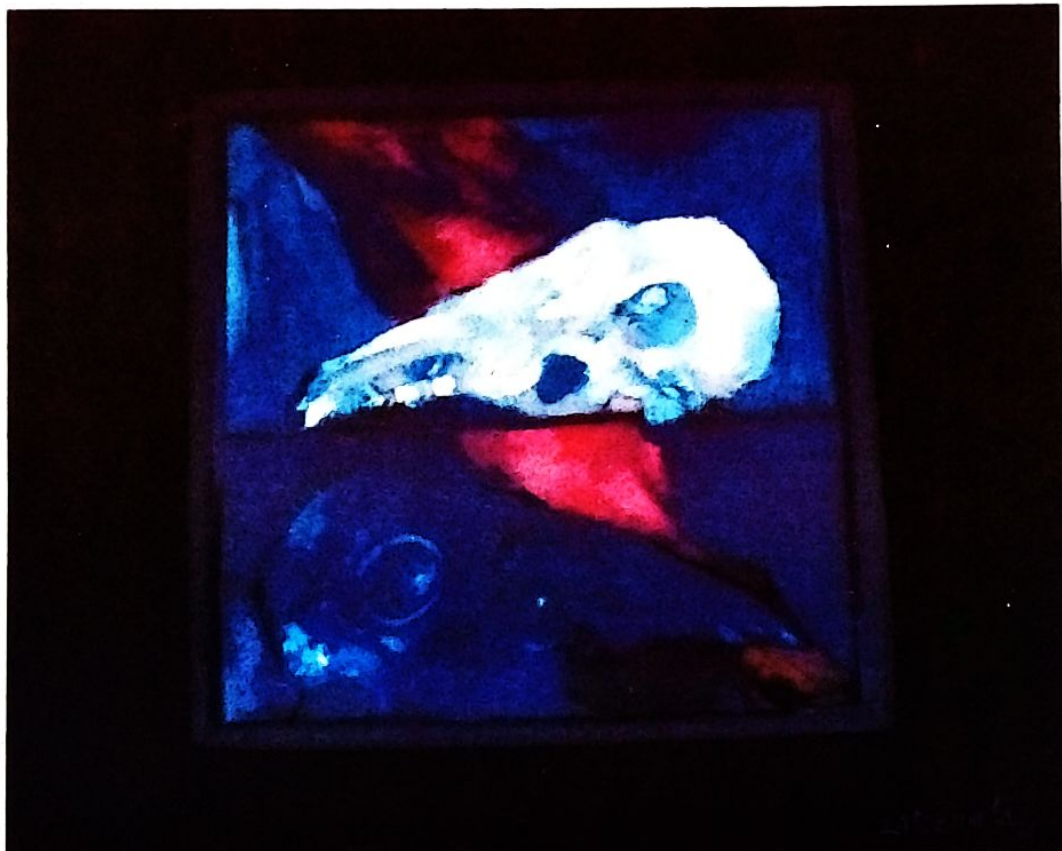


Se le aparece cada quincena



el duende



Antonio Paredes • Albert Camus • Pedro Peix  
Raúl Rivadeneira • Antonio Rodríguez  
Roberto Juarroz • Juan Vásquez • Magda Arguedas

**LA PATRIA**

**suplemento orureño de cultura**

**año XVI n° 383 Oruro, domingo 20 de enero de 2008**



ZONA FRANCA ORURO.  
CON NUESTRA CULTURA





Erasmo Zarzuela Chambi  
*Pensadoras 60 x 40 cm.*

## Achachilas

Culto que los aimaras practican a los accidentes geográficos, que presumen son el origen de una estirpe o de un pueblo: "o sea la de considerar a las montañas, cerros, cuevas, ríos y peñas como antepasados".

Les rinden reverencia y para su mentalidad son seres que gozan de alma y cuidan "de velar por el bien de su prole".

Sin perjuicio de adorar el Indio a su propio Achachila, cuando al trasmontar una altura o doblar una ladera, ve por primera vez cualquiera de estas montañas, cerros o ríos, inmediatamente se pone de rodillas, se destoca el sombrero y se encomienda al Achachila que supone mora en el lugar, aunque no sea el suyo, y en señal de que lo reverencia, le ofrece coca mascada que lo extrae de la boca y respetuoso, cual si se ejecutase una ceremonia, la pone en el suelo.

Antonio Paredes Candia en *Diccionario Mitológico de Bolivia*.



el duende  
director: luis urquileta m.  
consejo editor: alberto guerra g. (t)  
benjamín chávez c.  
erasmo zarzuela c.  
coordinación: julia garcía o.  
diseño: david ángel illanes  
casilla 448 telef. 5276816-5288500  
elduendeoruro@yahoo.com  
lurquileta@zofiro.com

## Los muros absurdos

Todas las grandes acciones y todos los grandes pensamientos tienen un comienzo irrisorio.

Las grandes obras nacen con frecuencia a la vuelta de una esquina o en la puerta de un restaurante.

Lo mismo sucede con la absurdidad.

El mundo absurdo más que ninguno, es noble por ese nacimiento miserable.

En ciertas situaciones, responder "nada" a una pregunta sobre la naturaleza de sus pensamientos, puede ser una ficción en un hombre.

Los seres amados lo saben muy bien.

Pero si esa respuesta es sincera, si describe ese singular estado del alma en la cual el vacío se hace elocuente, en que la cadena de los gestos cotidianos se rompa, en el cual el corazón busca en vano el eslabón que la reanuda, entonces es el primer signo de la absurdidad.



Suele suceder que las decoraciones se derrumben.

Levantarse, tomar el tranvía, cuatro horas de oficina o de fábrica, la comida, el tranvía, cuatro horas de trabajo, la comida, el sueño y lunes, martes, miércoles, jueves, viernes y sábado con el mismo ritmo, es una ruta que se sigue fácilmente durante la mayor parte del tiempo.

Sólo que un día se alza el "por qué" y todo comienza con esa lasitud teñida de asombro.

"Comienzo": esto es importante. La lasitud está al final de los actos de una vida maquinal, pero inicia al mismo tiempo el movimiento de la conciencia.

La despierta y provoca la continuación.

La continuación es la vuelta inconsciente a la cadena o el despertar definitivo.

Al final del despertar viene, con el tiempo, la consecuencia: suicidio o restablecimiento.

En sí misma, la lasitud tiene algo de fastidio.

De ello debo deducir que es buena, pues todo comienza por la conciencia y nada vale sino por ella.

Estas observaciones no tienen nada de original.

Pero son evidentes, y eso basta por algún tiempo, al realizarse un reconocimiento somero de los orígenes de lo absurdo.

Como dice Heidegger: la simple "inquietud" está en el origen de todo.



Pedro Peix:

## Los muchachos del Memphis

Polanco, el Ciguapo, primera base

Estábamos jugando pelota frente al mar, cuando de pronto vimos un barco entrando a tierra, enfilando hacia nosotros como un fantasma monumental y gris. Yo, que corro igual de espaldas que de frente, me quedé con el madero al hombro, boquiabierto, sin sentir siquiera el pelotazo en la cabeza. El barco venía por encima de las aguas y casi lo vimos deslizarse hasta el campo de juego. Nadie corrió ni se movió de su posición. A lo lejos, el mar estaba poblándose de naufragos, mientras nosotros permanecíamos con los guantes en las manos, buscando otro cielo donde jugar.

J. Cansen, el Niño Manco, jardinero central

Había sido su idea, o más bien su audacia la que nos impulsó a ir todas las noches a Memphis, encallado a cien pies de la costa. Para no llegar a nuestras casas todos mojados, nos desnudábamos y guardábamos la ropa entre las piedras de los acantilados. Nos íbamos a nado, de tres en fondo, susurrando nuestros nombres a cada brazada. Adelante iba el Niño Manco, nadando con su único brazo, haciendo espumas con su muñón, más veloz que todos nosotros en el agua y en el terreno. Él decía que un tiburón, pero todos sabíamos que había perdido el brazo en las muelas de un trapiche. Aún así era el cuarto bate y el capitán del equipo. Los infantes de la marina le habían enseñado a jugar béisbol en el patio de la Fortaleza Ozama. Los conocía bien y entendía su idioma. Quizás por eso fue el único que no se alarmó la primera noche que nos aventuramos al Memphis, cuando vimos flotando a nuestro lado el antebrazo de un marino, tatuado con un ancla enorme y morada. El antebrazo iba en dirección contraria a la nuestra y se esforzaba en llegar a la costa: "Ése es Mc. Kenzie Blue... no lo toquen -dijo el Niño-... Vive en el horizonte".

Ravelo, la Plaga, tercera base

Desde el sarampión hasta las paperas, incluyendo los dolores de muelas y los catarros, todas las enfermedades nos las había transmitido sin contemplaciones y con la misma intensidad y virulencia con que él mismo las había sufrido. Nadie quería caminar a su lado ni pasar por su calle, pero desgraciadamente casi todos vivíamos en un mismo barrio, y a cada vuelta de esquina nos topábamos con sus erupciones, su fiebre y su fiebre. No hubo manera de expulsarlo del equipo: cuando jugábamos sin él, alguno de nosotros se rompía una pierna o un brazo, o se perdía nuestra única pelota o caía un aguacero que nos enlodaba hasta los sueños: "Que venga el azaroso ése de Ravelo", decíamos, y volvía a salir el sol. Al principio nadie quería llevarlo al Memphis, pero un buen día se presentó afirmando que había ido solo y que había visto una sirena en los camarotes.

Tancredo Rondón, el Niño, jardinero izquierdo

La verdad era que estaba muy nervioso. Mi papá acababa de comprar un Ford-T, último modelo, 1916, y había decidido llevarme al farallón para iluminar con los faroles el lugar del siniestro. Había muchos carros estacionados en la playa, incluso por los acantilados, proyectando sus luces hacia el barco en busca de algún naufrago o sobreviviente. Todavía una semana después de haberse varado el Memphis, mi papá seguía prestando sus luces a la tragedia. Los primeros días yo creía que él estaba realmente conmovido con la desaparición de más de cuarenta marineros, pero una noche oí a mamá decirme que estaba bueno de exhibir el carrito, que ya todo el mundo lo había visto y sabía que era el primer Ford-T que rodaba por las calles de Santo Domingo. No eran sin embargo las jornadas de rescate lo que me preocupaban, sino el temor de que fueran a sorprender a los muchachos yendo y viniendo del Memphis, en unos abordajes impudicos y vandálicos de los cuales yo también era cómplice.

Mustafá Rangel, el Turco Midas, paracorto

La tentación del saqueo salió de él, no había duda, aunque lo llamara "sobras de Rey", fue Mustafá Rangel el que nos propuso que nos lleváramos todo lo humanamente transportable del barco: "Hasta la chatarra se vende", nos dijo, mirando con avidez el inmenso casco cuarteado del Memphis. Para empezar abrió baúles y maletas abandonados, seleccionó uniformes y polainas, y nos sugirió que recogiéramos todos los chalecos salvavidas que encontráramos en el crucero de guerra: "Cualquier descamisado los comprará", aventuró a decir, presumien-

do que los chalecos salvavidas eran más prácticos y duraderos que cualquier vestimenta convencional. Luego se le ocurrió desmantelar todos los camarotes, eligiendo las mejores sábanas y colchones para venderlos en los hoteles de chinos. No satisfecho entró en la cabina de proa y se apropió del telégrafo, el cual cambió por dos bates y seis guantes de béisbol. Después lo vimos cargando las herramientas de avería, apuntando y borrando en el libro de bitácora cálculos insospechados. Finalmente, cuando le mostramos un pesado varguño donde había varias banderas norteamericanas, nos dijo, casi desdeñando la mercancía: "Enróllenas... las venderemos como alfombras".

Lupo Navarro, el Soñador, lanzador

A nuestro barrio le llamaban El Mondongo, quizás porque se había formado al lado de El Matadero, cerca del terreno donde jugábamos pelota. Nuestros padres eran carniceros, matariles, desolladores, tralicantes de vísceras y despojos. No todos, porque había dos o tres del equipo que vivían en la avenida Independencia. Eran los riquitos del grupo. Sus papás tenían carros, casas con balcones, jardines que llegaban hasta el mar, y no cagan en letrina sino en inodoros portátiles, que, según ellos, se los habían comprado a los infantes de marina. No era un secreto para nadie que los niños de familia jamás pasaban por El Matadero. Si venían a jugar pelota con nosotros era porque se escapaban de sus estancias. Después de la tentación de la sirena fue más grande que cualquier castigo. Ella era todavía para nosotros un limbo de placeres, un musgo ajeno a la ciudad. Sólo la oímos cantar, pero no sabíamos de dónde venía su voz, que parecía escondida en el silencio del Memphis. Cantaba como si estuviera enamorada, sin música, a capella con el oleaje. Nosotros recorriamos el barco de punta a punta sin encontrarla: buceábamos desperdigados por los arrecifes, buscando su nombre en los labios de los ahogados; organizábamos serenatas de mar y le preguntábamos a los pájaros si ella había donado su cuerpo al resplandor. Sólo para honrarla, educamos una multitud de peces en nuestras manos, y aunque la presentáramos comprometida en la oscuridad, aguardábamos a que subiera con la mañana. Una tarde le escribí un largo poema en la arena, pero una bandada de golondrinas lo alzó en su vuelo.

Celso Pumarol, el Guayo, segunda base

Yalo habíamos vendido casi todo, "a domicilios y sin regateo", tal como nos lo había ordenado Mustafá Rangel; hasta teníamos una flotilla de botes salvavidas para alquilarlos en las mañanas y llevar a algunos curiosos hasta el Memphis. Pero al caer la tarde los sacábamos de servicio porque la noche se había convertido para nosotros en un reducto privado, en un solar flotante donde sólo había espacio para el amor. Aunque Ravelo, la Plaga, sostenía que él había sido el único en ver a la sirena, lo cierto fue que un sereno de la Capitanía del Puerto terminó siendo el primero en presentárnosla. Aquella noche, abriendo y cerrando escotillas, nos condujo hasta donde nunca habíamos llegado, hasta el rocallos corazón del Memphis. Nos la enseñó tendida sobre los corales y los sargazos que habían penetrado en el fondo del casco. Estaba desnuda y sonriente, y su piel parecía lavada por el limo de muchos insomnios. Casi sin darnos cuenta, Ponciano nos incitó a poseerla de uno en uno y cuantas veces quisieramos. Esa noche yo fui el primero en desdoblar su fragancia y el último en abandonarla.

Negro Benítez, el Plebe, jardinero derecho

"¿Cuándo es que va a zozó-zozobrar la vaina ésta-?", solía siempre tartamudear el Negro Benítez. Era el único que le irritaba la figura espectral del Memphis. Podía decirse que lo odiaba desde el primer día que lo había visto en el terreno de juego. Y no sólo al Memphis sino también a toda la tripulación que había sobrevivido. Todos nos hicimos de la vista gorda el día que lo vimos desnudando el cadáver de un marino. Fue la primera noche que exploramos el Memphis, cuando todavía la gente trataba de rescatar a los infantes de marina. Luego de despojarlo de la ropa, empezó a patearlo y abofetearlo, farfuleando: "Nonó-nosotros tenemos que salvarlos... mienmíen-mienmíen ustedes vienen a joderlos".

Por eso, tal vez, era el que con menos frecuencia subía al barco; la noche que conocimos a la sirena, fue el único que la repudió antes de tocarla: "Á á ésta la conozco yo -exclamó con sorna-. Es una puta de El Matadero... y está momó-mojada de vicio".

Benjamín Ogando, la Guinea, receptor

Después de varias semanas de haber guardado en secreto el hallazgo de nuestra sirena, Ponciano, el sereno de la Capitanía del Puerto, empezó a subir a bordo a los muchachos de otros barrios: "Las sirenas como los tesoros -nos dijo-, hay que compartirlos". Pero nosotros no estábamos conformes, porque ya no sólo pasábamos noches enteras haciendo fila en la cubierta, sino que, cuando nos llegaba el turno, había que pagarle a Ponciano cinco centavos para ver a la sirena y diez para acostarse con ella. Ahora la contemplábamos más resuelta y carnal, aún desnuda pero cubiertos los senos con un chaleco salvavidas, tendida sobre una lona de campamento, fumando cigarrillos Lucky Strike. Más tarde nos fue imposible volver a verla, ni siquiera de lejos, porque ya los adultos que trabajaban en las inmediaciones del Puerto también hacían fila para conocerla. Cuando Ponciano subió la tarifa "aceptando sólo dólares", los infantes de marina, que ya habían invadido la ciudad y todo el país, desplazaron a los criollos de su lasciva curiosidad. Fue una noche de navidad cuando nos enteramos que la sirena había aparecido muerta por los arrecifes. Ponciano fue el primero en decirme, quizás porque soy el más viejo del grupo. Yo le transmití la noticia inmediatamente a los muchachos. Esa noche fuimos todos juntos a los arrecifes. Más que el cadáver, una de las cosas que recordamos cuando vimos la silueta de la sirena embalsamada en su lecho de corales, fue el comentario que hizo el Negro Benítez, quien por primera vez en su vida dejó de ser plebe: "Mumú-murió en sus aguas... de por sí... ¿nonó-no decían ustedes que era una sirena?".

Lepe Lizardo, la Flecha, taponero

Realmente ya estábamos por devolvérnoslo, cuando vimos de pronto, en medio de la noche, el antebrazo de aquel marino nadando ahora mar adentro: "¡Ése es Mc Kenzie Blue!", exclamamos todos. A pesar del oleaje, el antebrazo esquivó los arrecifes, palpitando entre la lluvia, emergiendo más musculoso y ágil que nunca, enorme y brillante, mostrando en cada brazada el tatuaje, con nuestra sirena aferrada a su ancla.

Camarena Son, el Bayby, entrenador

El Memphis pasó veinte años varado en el mar. Nunca terminó de hundirse ni nadie se ocupó nunca de desencallararlo; ni siquiera el día que se fueron los infantes de marina se molestaron en removerlo. La gente que pasaba por el malecón lo veía emporrado y desnudo como un negro cascarón semoviente. Muchos lo contemplaban con indiferencia, otros con desprecio, incluso algunos con indignación y asco, sobre todo los que ya sabían que el Memphis, con el paso de los años, se había convertido en una madriguera de ratones, en un escondrijo de chulos y proxenetas que se daban cita en la madrugada para violar y pervertir menores, para repartir la mercancía robada, para secuestrar y torturar a los adversarios del régimen: "En el Memphis sentó residencia la escoria", fue lo último que oí a mis espaldas.

Salcedo de Jesús, Zicote, cargabates

Cada día más un olor envenenado, sulfuroso, nauseabundo invade al Memphis. Las ratas cruzan por las bordas desvencijadas, por la sala de calderas, por el cuarto de máquinas, bajan y suben por las escotillas. En noches de luna llena se ilumina la nueva podredumbre de sus inquilinos: mendigos dementes, soplonos y calíes de tugurios, ríferas crapulosas y prostitutas félicas que aguardan su turno para abortar antes del amanecer: "¡El Memphis es una cloaca seca por donde se arrastran los delincuentes más sádicos y depravados, el hampa de la ciudad!... Así nos llaman ahora, y es verdad. Pero se olvidan que alguna vez fuimos inocentes, hace mucho tiempo ya, antes que asaltaran nuestro cielo, cuando éramos muchachos y jugábamos pelota frente al mar.

Pedro Peix. Cuentista dominicano.

El texto corresponde a la antología "Siruela" - 2002







Raúl Rivadeneira:

# Hipocorístico

## Nombre cariñoso

El nombre es una palabra con la cual se designa a las cosas y personas para darlas a conocer y distinguirlas entre sí. Hay varios tipos de nombres: pseudónimo, apodo ("alias" en el mundo del hampa), nombre de guerra o artístico, etc., además del nombre y apellidos de filiación civil. De esa variedad, nos interesa el hipocorístico, de extenso y frecuente uso en Bolivia, como en casi todos los países hispanoamericanos y en España.

El vocablo *hipocorístico*, según el Diccionario Enciclopédico Espasa-Calpe, proviene del griego *hipokoristikón* (ónoma, nombre), diminutivo de *hipokorizomai*, que significa "halagar a un niño imitando su lenguaje". En gramática, "aplicase a las voces o locuciones de cariño, diminutivos o corrupciones de vocablos que, cariñosamente o para facilitar la pronunciación, se dicen a los niños".

El Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua (21ª. Edición), anota: "Hipocorístico. Acanciadador, diminutivo, afectuoso. Dicese de los nombres que, en forma diminutiva, abreviada o infantil, se usan como designaciones cariñosas, familiares o eufemísticas".

Queda claro que el hipocorístico es el nombre cariñoso dado a las personas, no a las cosas. Se acuna en el ámbito familiar, abrigado por un sentimiento afectuoso y motivado por un propósito halagador. Es una forma nominal secundaria, al menos desde el punto de vista jurídico, ya que en esta materia surten efectos el nombre y apellidos inscritos en los registros señalados por la ley. Sin embargo, en el ámbito de las relaciones sociales, el hipocorístico puede adquirir mayor importancia que el nombre propio. Hay personas que son más conocidas por su nombre cariñoso que por el de pila, como sucede también con los apodos laudatorios y viluperantes.

En Bolivia, el nombre cariñoso presenta una diversidad acorde con la variedad cultural del país, expresada en tres zonas geográficas más o menos bien demarcadas: altiplano, valle y llanos orientales, pero, también hay uniformidad en el uso de hipocorísticos comunes a España e Hispanoamérica.

En los departamentos de Chuquisaca y Tarija, especialmente en sus ciudades capitales, es más frecuente el apodo. En Santa Cruz, Cochabamba, Beni y Pando, la situación es inversa: se usa más el hipocorístico. En La Paz, Oruro y Potosí, hay cierto equilibrio en el empleo de apodos y nombres cariñosos. Este equilibrio es más notorio en La Paz, quizá debido a que esta ciudad, como sede de gobierno, es una síntesis demográfica, cultural, política y económica del país.

## Fuentes

El hipocorístico usado en Bolivia se origina en varias fuentes. Las principales son:

1. **Adopción.** Nombres importados de España e Hispanoamérica, por ejemplo: *Pancho*, *Lola*, *Lupe*, o de otros países: *Jenny*, *Willi*, *Ula*.
2. **Diminutivo.** a) de nombres de pila: *Julito*, *Anita*, *Aidita* (Julio, Ana, Aida); b) de hipocorísticos: *Cachín*, *Pepita*, *Chelita* (Cacho, Pepa, Chela).
3. **Apócope.** a) de nombres de pila: *Bea*, *Ceci*, *Ely* (Beatriz, Cecilia, Elizabeth); b) de apellidos: *Machi*, *Chaza*, *Villas* (Machicado, Chazarreta, Villanueva).
4. **Abreviación.** Tomando las últimas sílabas de los nombres de pila: *Mela*, *Nando*, *Queta* (Carmela, Hernando, Enriqueta).
5. **Corrupción de voces.** Generalmente, al imitar la dificultosa pronunciación de los párvulos: *Goyo*, *Quique*, *Luli* (Gregorio, Enrique, Lourdes).
6. **Adjetivos.** Los más notables son: *chiche* (pequeño, delicado, bonito), que se deforma cambiando la *e* final por *i* (*Chichí*) y del diminutivo *chichilo* (niño pequeño). (*Chichí*,

de ambas procedencias, es quizá el hipocorístico más común en todo el país.

7. **Deformación.** Los nombres propios se deforman de manera peculiar en las zonas geográficas. Por ejemplo, en Cochabamba, la deformación ocurre añadiendo a los nombres las partículas *uco*, *uca*, *ico*, *ica*, como en *Antuco*, *Teruca*, *Wallico*, *Julica* (Antonio, Teresa, Walter, Julia).

Hay hipocorísticos compuestos: *Pepelucho*, *Marilú* (José Luis, María Luisa o María Lourdes).

Otros son bigéneros: *Dany*, *Alex* (Daniel y Daniela; Alejandro y Alejandra).

Algunos se transforman en nombres propios y así se inscriben en el Registro Civil y en las partidas de bautizo: *Lupe*, *Max*, *Dora*, *Remy*, etc.

El hipocorístico desplaza al nombre de pila del sujeto hasta casi dejarlo en el anonimato, pero no actúa independientemente, es inseparable del o los apellidos paterno y materno: *Pepa Saavedra*, *Quique Arnal*, *Coco Peredo*, por ejemplo. Ésta es otra diferencia con el apodo que, en algunos casos, es suficiente para identificar a la persona.

A continuación, se presenta una lista resumida de los hipocorísticos más usados en Bolivia. Esta nómina es sólo una muestra de la variedad antedicha. Ha sido elaborada sobre la base de entrevistas a informantes oriundos de los nueve departamentos y tomando en cuenta, primero, el uso común en todo el país o gran parte de él; segundo, el uso regional o local. Por lo tanto, no figuran en la nómina los nombres cariñosos que sólo se conocen y repiten en círculos familiares íntimos o en grupos exclusivos.

Los hipocorísticos de uso regional llevan entre paréntesis la anotación "Loc." y, en seguida, el lugar donde los emplean.

En algunos casos, se incluyen, a modo de ilustración, los nombres y apellidos de personalidades bolivianas fallecidas o que aún viven, y que fueron o son más conocidas por su hipocorístico.

Como "arbitrarios", figuran algunos hipocorísticos que no tienen ninguna relación directa con el nombre de pila de la persona, y sin embargo se aplican indiscriminadamente, por ejemplo *Tilo* a José o *Pepe* a Luis Alberto.

## Nómina

<i>Aidita</i>	Aida, Aidé
<i>Alex</i>	Alejandro, Alejandra
<i>Antuca (o)</i>	Antonia (o) Loc. Cochabamba, Potosí, Oruro
<i>Basco</i>	Bascopé. Apellido (+ René Bascopé Aspiazú, escritor)
<i>Bea</i>	Beatriz
<i>Beba</i>	Genoveva
<i>Becha</i>	Betshabé (+Betshabé Salmón de Beltrán, periodista)
<i>Benjo</i>	Benjamín (+Benjamín Inda Cruz, cantante y guerrillero)
<i>Beto</i>	Alberto, Humberto
<i>Billy</i>	Guillermo
<i>Cachín</i>	Dim. de Cacho
<i>Cacho</i>	Oscar (+Oscar Soria, guionista de cine, grupo Ukamau)
<i>Caluchi</i>	Carlos. Loc. Tarija
<i>Candy</i>	Candelaria
<i>Carol</i>	Carolina
<i>Caty</i>	Catalina
<i>Ceci</i>	Cecilia
<i>Cili</i>	Celestina
<i>Cleo</i>	Cleofé
<i>Cleto</i>	Anacleto
<i>Coco</i>	Jorge (+Jorge Peredo Leigue, guerrillero de Nancahuazú)
<i>Cocolo</i>	Dim. de Coco. Loc. Santa Cruz
<i>Concha</i>	Concepción
<i>Conchita</i>	Dim. de Concha
<i>Cory</i>	Corina
<i>Chabela</i>	Isabel
<i>Chacho</i>	José
<i>Chalo</i>	Gonzalo. Loc. Tarija / Lizardo (+Lizardo Suárez, periodista deportivo)
<i>Chaly</i>	Carlos (Carlos Iturralde, político y diplomático)

<i>Chano</i>	Feliciano. Loc. Beni
<i>Charo</i>	Rosario
<i>Chaza</i>	Chazarreta. Apellido. (Germán Monroy Chazarreta, político)
<i>Checho</i>	José. Loc. Beni
<i>Chechín</i>	Dim. de Checho
<i>Chela</i>	Graciela
<i>Chelo</i>	Consuelo. Loc. Tarija
<i>Chelito</i>	Dim. de Chelo
<i>Chenda</i>	Elizenda. Loc. Tarija
<i>Chendo</i>	Rosendo. Loc. Beni
<i>Chepa</i>	Josela
<i>Chayo</i>	Sergio. Loc. Beni
<i>Chichi</i>	Del. de chiche (bonito, pequeño, delicado), y del Dim. <i>chichí</i>
<i>Chichina</i>	Fem. de <i>chichí</i> (Teresa Cortez, esposa del ex presidente Paz Estensoro)
<i>Chicho</i>	Arbitrario. Loc. Santa Cruz (J. Berthy Suárez, futbolista)
<i>Chindo</i>	Gumerindo. Loc. Beni
<i>Chilo</i>	Del. de "pequeñito" (Fernando Valle, político)
<i>Chomo</i>	Rómulo. Loc. Santa Cruz
<i>Chona</i>	Sonia. Loc. Tarija
<i>Chuchi</i>	Jesús. Loc. Beni
<i>Chuntí</i>	Asunta. Loc. Beni y Santa Cruz
<i>Dany</i>	Daniel, Daniela
<i>Dora</i>	Dorotea
<i>Dorny</i>	Domitila
<i>Ely</i>	Elizabeth
<i>Etel</i>	Etelvina
<i>Fely</i>	Felicidad
<i>Fico</i>	Federico (+Federico Monje P., periodista)
<i>Filippo</i>	Filemon (Filemón Escobar, político)
<i>Fily</i>	Felipe (Felipe Hartmann, médico) / Filiberto
<i>Flora</i>	Florencia, Florinda
<i>Gaby</i>	Gabriela, Gabina
<i>Gony</i>	Gonzalo
<i>Goyo</i>	Godofredo. Loc. Beni y Santa Cruz / Gregorio
<i>Guichi</i>	Guillermo. Loc. La Paz
<i>Guille</i>	Guillermo. Loc. Tarija
<i>Hortica</i>	Hortensia. Loc. La Paz
<i>Jacky</i>	Jacqueline
<i>Jenny</i>	Jennifer
<i>Joaco</i>	Joaquín (+Joaquín Gantier, escritor)
<i>Joselo</i>	José. Loc. Cochabamba
<i>Joselín</i>	Dim. de Joselo (Joselín Pereira, escritor)
<i>Juanacha</i>	Juana (+Juana Sánchez, amante del dictador Mariano Melgarejo)
<i>Julica</i>	Julia. Loc. Cochabamba
<i>Juve</i>	Juvenal
<i>Lalo</i>	Eduardo (Eduardo Lafaye, locutor de radio y TV)
<i>Leo</i>	Leonardo
<i>Lety</i>	Leticia
<i>Lica</i>	Angélica. Loc. Cochabamba
<i>Linda</i>	Lindaura. Loc. Sucre
<i>Lola</i>	Dolores
<i>Lucha(o)</i>	Luisa, Luis
<i>Lucy</i>	Lucía, Luciana
<i>Luly</i>	Lourdes
<i>Lupe</i>	Guadalupe
<i>Machi</i>	Machicado o Machicao. Apellido
<i>Malaco</i>	Mariano. Loc. Potosí
<i>Manilo</i>	Manuel. Loc. Potosí
<i>Marilú</i>	María Luisa, María Lourdes
<i>Max</i>	Máximo, Maximiliano
<i>Mecha</i>	Mercedes (+Mercedes Avila, poetisa)
<i>Mela</i>	Carmela
<i>Mencha</i>	Carmen
<i>Menchita</i>	Dim. de Mencha
<i>Micky</i>	Miguel
<i>Nacho</i>	Ignacio
<i>Nando</i>	Hernando. Loc. Santa Cruz
<i>Nano</i>	Fernando
<i>Napo</i>	Napoléon
<i>Nalaco</i>	Nataníel. Loc. Cochabamba
<i>Naty</i>	Natividad
<i>Nica</i>	Nicanor





Nico	Nicolás
Pancho(a)	Francisco, Francisca
Paly	Patricia
Pepa	Josela
Pepila	Dim. de Pepa
Pepe	José
Pepe	Arbitrario (Luis Alberto Ballón, editor)
Pepelucho	José Luis
Perico	Pedro
Pichicho	Arbitrario (Carlos Borja, futbolista)
Pily	Pilar
Pocha	Gloria
Poly	Policarpio
Quela	Raquel. Loc. Tarija
Queta	Enriqueta. Loc. Tarija (Enriqueta Ulloa, cantante)
Quique	Enrique (Enrique Amal, pintor)
Rafa	Rafael
Remy	Remedios
Reneco	René (+René Barrientos Ortuño, ex presidente de la República)
Richy	Ricardo
Rigo	Rigoberto
Roby	Roberto
Rodo	Rodolfo
Rolo	Rolando
Roly	Rolando (Rolando Aguilera, ex presidente de la Academia de Fútbol "Tachuichi")
Rulo	Raúl. Loc. La Paz
Santo	Santolina. Loc. Tarija
Sebas	Sebastián. Loc. Beni y Santa Cruz
Simunaco	Simón. Loc. Potosí
Susy	Susana
Tali	Tatiana
Tavo	Gustavo
Techi	Teresa. Loc. Santa Cruz
Teté	Teresa. Loc. Santa Cruz
Tencha	Hortensia
Teo	Teodoro
Tere	Teresa
Teruca	Teresa. Loc. Cochabamba
Tiago	Santiago
Timuco	Tomás. Loc. Potosí
Tin	Agustín
Tina	Argentina. Loc. Tarija
Tinino	Faustino (Faustino Rico Toro, militar y político)
Tito	Albertito. Loc. Tarija
Tito	Arbitrario (José de la Viña Vila, periodista deportivo)
Titina	Cristina. Loc. Beni y Santa Cruz
Tomy	Tomasa
Tony	Antonio
Toño	Antonio
Tota	Manía Teresa (María Teresa Arce, actriz de teatro)
Toto	Arbitrario (Teodosio Imaña Castro, académico de la Historia) / Alfonso (Alfonso Arévalo, periodista)
Trini	Trinidad
Tuca	Antuca. Loc. Cochabamba
Tulo	Arbitrario (Jorge Quiroga, político)
Ula	Ursula (+Ursula Beck de Conrad, médica)
Vero	Verónica
Vicky	Virginia, Victoria
Villas	Villanueva. Apellido (Jorge Villanueva, dibujante)
Vito	Víctor. Loc. Sucre
Vitico	Víctor. Loc. Sucre
Vivi	Viviana
Waltico	Walter. Loc. Cochabamba
Willy	Guillermo
Xime	Ximena, Jimena
Yola	Yolanda
Zaca	Zacarías (+Zacarías Monje Ortiz, escritor)

Abreviaturas	
Def.	Definición
Dim.	Diminutivo
Fem.	Femenino
Loc.	Localismo

## Cartas a Fantasía

Carta a uno de los más famosos personajes de la literatura infantil universal: la bruja. En esta carta encuentran cabida el humor y la nostalgia, pero sirven también para entablar con los lectores infantiles y juveniles, un interesante diálogo acerca de problemas contemporáneos que la literatura destinada a ellos no debe desconocer.

Srta. Bruja  
Casita de Caramelos  
Bosque de Irás y No volverás

Mi malvada amiga:

Terminó el verano; ahora parece como si alguna mano grande e invisible no tuviera otra cosa que hacer y se divertiera por las noches arrancándoles las hojas a los árboles para que amanezcan cada día más desvestidos. Pronto se regará por la Isla el puñalido de invierno que nos toque en 1989, y en todo este tiempo no he tenido ni una carta tuya.

Un duende que pasó por aquí, me comentó que estabas bravísima conmigo, pero como llevaba mucha prisa se negó a entrar en detalles y, por más que me he roto la cabeza, no consigo adivinar la causa de tu enojo. No creo que haya sido porque el último día que estuve por allá le pisara, sin querer, la cola a tu gato negro. ¿Fue acaso porque no quise probar tu brebaje especial de los domingos? Ya sé que, en honor a mi visita, le habías echado además de las lagartijas, los alacranes y los sapos reglamentarios, unos colmillos de serpiente que te habían enviado unos magos y una pizca de polvo de ciempiés molidos que guardas, en el fondo de tu alacena, para las grandes ocasiones. Créeme que si no probé ese exquisito sopón se debió a que los vuelos en escoba me quitan el apetito. ¿O la razón de tu enfado será porque, cuando nos pusimos a ver aquel programa de Tele-Fantasía, te dije que las integrantes del Brujas Rock eran unas pelandrujas estrafalarias y escandalosas? Perdóname, fue un desliz lamentable: te aseguro que no recordaba que a ese grupo musical eras tú quien le diseñaba la ropa.

Te propongo que vengas a buscarme el próximo sábado, a medianoche, como siempre. Yo te aguardaré en la azotea y prometo solemnemente tomar pastillas para el mareo: así podremos subir, si lo deseas, más alto que las nubes. Pasaremos juntos un delicioso fin de semana. Podremos ir a algún museo —¡Hace tanto tiempo que quiero conocer el de los trabalenguas!— o ver una película. Alguien me dijo que en la cinemateca Maléfica están exhibiendo un ciclo buenísimo.

Pero si no quieres volar de un lado para otro en tu estupenda escoba, si prefieres descansar un poco, nos quedaremos en tu casita, comiéndonos las tejas de bizcocho y las ventanas de chocolate. Reuniremos un montón enorme de libros de cuentos, los leeremos en alta voz, y con una goma, les borraremos el final y les escribiremos otro distinto, para que los príncipes se casen con las brujas y vivan por siempre muy felices.

Es muy tarde y ya tengo sueño. Mañana me levantaré temprano y le daré esta carta a un conejo para que te la lleve corriendo por los caminos secretos que sólo él conoce. Voy a pedirte que espere tu respuesta antes de regresar. No, no será preciso que mandes una nota. Bastará que hagas una seña cualquiera al mensajero —un tirón de orejas, un guiño de ojo— y sabré que vendrás por mí.

Soy muy torpe, lo sé, soy una calamidad. Discúlpame si me porté mal, pero ven, te espero. No quiero pasar el invierno sintigo.

Un abrazo de tu

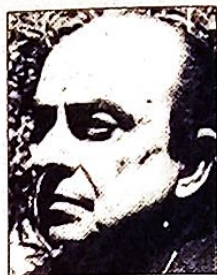
Antonio Orlando Rodríguez.  
Casa de las Américas 175. Cuba.





R

## Roberto Juarroz



Roberto Juarroz poeta argentino nacido en la localidad de Coronel Borrego, provincia de Buenos Aires, en 1925 y fallecido en la localidad de Temperley, provincia de Buenos Aires, en 1995). Ha publicado: *Seis poemas sueltos* (1960), y a partir de entonces, bajo el título genérico de *Poesía vertical* han aparecido sucesivos volúmenes de poemas, hasta alcanzar un número de 14. El último apareció póstumamente.

## Poesía Vertical

Cada poema hace olvidar al anterior,  
borra la historia de todos los poemas,  
borra su propia historia  
y hasta borra la historia del hombre  
para ganar un rostro de palabras  
que el abismo no borre.  
También cada palabra del poema  
hace olvidar a la anterior,  
se desafilía un momento  
del tronco multiforme del lenguaje  
y después se reencuentra con las otras palabras  
para cumplir el rito imprescindible  
de inaugurar otro lenguaje.  
Y también cada silencio del poema  
hace olvidar al anterior,  
entra en la gran amnesia del poema  
y va envolviendo palabra por palabra,  
hasta salir después y envolver el poema  
como una capa protectora  
que lo preserve de los otros decires.  
Todo esto no es raro.  
En el fondo,  
también cada hombre hace olvidar al anterior,  
hace olvidar a todos los hombres.  
Si nada se repite igual,  
todas las cosas son últimas cosas.  
Si nada se repite igual,  
todas las cosas son también las primeras.

El universo se investiga a sí mismo.  
Y la vida es la forma  
que emplea el universo  
para su investigación.  
La flecha se da vuelta  
y se clava en sí misma.  
Y el hombre es la punta de la flecha.  
El hombre se clava en el hombre,  
pero el blanco de la flecha no es el hombre.

Un laberinto  
sólo se encuentra  
en otro laberinto.

Solemos creer que todo está allí  
sólo para ser visto por nosotros  
como si nuestra mirada  
fuera el único criterio de realidad.

Pero el hombre y su mirada se disuelven  
y todo sigue estando allí.

¿Y para qué?  
¿Para que lo vea quién?

Tal vez todo está allí  
para mostrar que no es preciso  
que nadie vea algo para que exista.

Ver es quizás un episodio,  
otra cosa que está allí.

Sin embargo, no podemos dejar de sentir  
que debe haber algo parecido a la mirada  
sosteniendo, como el ojo a los párpados,  
ese otro episodio que llamamos realidad.

No se requiere un gran gesto para morir.  
Es suficiente una secuencia casi indecisa  
de pequeños gestos  
y pequeñas opciones  
que nos van apartando poco a poco del camino conoci-  
do  
sin dejar de mirar a los que pasan y a las cosas,  
pero permitiendo que se forme lentamente  
un finísimo cristal  
entre lo que pasa y nosotros mismos.  
Al principio limpiaremos con frecuencia el cristal  
pero luego iremos olvidando esa tarea  
y nuestras toleradas distracciones  
permitirán que se multipliquen las sombras  
como en un interpolado atardecer de vidrio.  
Y entre algunos descuidos predilectos,  
la retracción furtiva de las manos  
y las fatigas que ya no se combaten,  
desaparecerá la transparencia  
para que pueda crecer allí el silencio.  
Y sin rupturas ni caldas,  
frente al cristal ahora oscuro,  
encontraremos pasivamente la salida,  
sin preocuparnos siquiera  
por pasar el umbral con los ojos abiertos.  
Un final de gestos casi neutros  
resultará menos sofocante  
y más cerca de todo  
que el golpe ajeno o propio  
que todo lo desbarata.  
Quizá entonces por lo menos ni siquiera se astille  
el cristal ya cubierto de tinieblas.

Julio Cortázar le escribió: Parménides, Tales, Anaxágoras, Heráclito. A usted (y a ellos) le basta mirar en torno para que toda visión prosaica caiga en pedazos ante ese apoderamiento total del ser por la poesía. He leído en alta voz los poemas que más entiendo (otros se me escapan o me reclaman una interpretación, que es quizá un auto-consuelo por no poder intuirlos de una sola vez), y en cada caso se ha repellido esa sensación prodigiosa de extrañamiento, de raptó, de acceso. Siempre he amado una poesía que procede por inversión de signos; el uso de la ausencia en Mallarmé, algunas «anti-esencias» de Macedonio, los silencios en la música de Webern. Pero usted potencia hasta lo increíble esas inversiones que en otras manos suelen acabar en juegos de palabras. Y entonces, esa mirada que ve y la mirada que no ve, una vez retorcidas en un mismo hilo, son algo prodigiosamente fecundo, una invención de ser. Hacía mucho que no leía poemas que me extenuaran y me exaltaran como los suyos, y se lo digo así al galope y sin releer, porque al final uno se pone tonto y le dan miedo tantas palabras sonoras



Juan Gabriel Vásquez:

## Lecturas anglosajonas del Quijote

*Conferencia dictada por Juan Gabriel Vásquez en la Biblioteca Nacional de Colombia en 2005. Su enfoque sobre la trayectoria e influencia de la más famosa de todas las novelas va a sorprender a más de uno. El autor es escritor y novelista. Nació en Bogotá y radica en Barcelona. Su última novela se llama Los informantes.*

(Segunda de tres partes)

Quizá el momento central de las reflexiones de Nabokov sobre el Quijote sea la famosa anécdota sobre el rey Felipe III.

Cuenta una tradición que al rey Felipe III de España, al asomarse al balcón de su palacio en cierta mañana soleada, le llamó la atención el extraño comportamiento de un joven estudiante que leía sentado en un banco a la sombra de un alcornoque, y que, dándose de palmadas en el costado soltaba carcajadas estruendosas. El rey comentó que aquel individuo o estaba loco o estaba leyendo el Quijote. Un veloz cortesano corrió a averiguarlo. El individuo, como ya se habrán imaginado ustedes, estaba leyendo el Quijote.

Ese joven estudiante es el centro de los sarcasmos nabokovianos; es con él que Nabokov es incapaz de simpatizar. Después de contar la anécdota, Nabokov hace un rápido inventario del tipo de escenas que provocaban la risa del muchacho; el ventero que aloja a don Quijote "únicamente para reírse de él", los criados que "le arrancan a Sancho todo los pelos de las barbas", los arrieros que "apalean a Rocinante hasta dejarlo medio muerto". A don Quijote le quitan media oreja, y el estudiante se muere de la risa; don Quijote y Sancho se vomitan mutuamente, y el estudiante sigue dándose de palmadas en el costado. Para Nabokov, hay en estos episodios un nivel de crueldad física injustificable, y el hecho de que la crueldad fuera confundida con un buen humor lo indignaba; y claro, no ayudaba para nada la proverbial estupidez de varios críticos cervantistas de su época, para los cuales en el Quijote "todo aparece endulzado por las humanidades del amor y de la buena camaradería". El lector, testigo de los sufrimientos a que es sometido don Quijote por los duques, sabe que sólo un optimista o un redomado ingenuo pueden ver humanidad o camaradería en esas escenas. No: sabemos que don Quijote está sufriendo, y sin embargo reímos; la comedia es cruel, sí, pero la sabemos comedia. Nabokov no lo entiende, y concentra toda su incompreensión en aquel pobre estudiante observado por el rey Felipe; Nabokov no sabe, o no quiere saber, que aquellas carcajadas grotescas contienen, de manera bastante rudimentaria, uno de los momentos más importantes en la historia de la literatura. Con esas carcajadas comienza en Occidente una gigantesca revolución de la conciencia; el resultado de esa revolución es el surgimiento, al cabo de unos años, de ese complejo aparato que llamamos novela. Trataré de comentar el proceso por el cual las carcajadas que salen de debajo del alcornoque a principios del siglo XVII llegaron a convertirse en la sonrisa irónica y ladeada del lector moderno.

En ese magnífico ensayo que es Los testamentos traicionados de Kundera encontramos este párrafo:

Octavio Paz dice: "Ni Homero ni Virgilio conocieron el humor. Aristóteles parece presentirlo, pero el humor no toma forma hasta Cervantes. El humor es la gran invención del espíritu moderno". Idea fundamental: el humor no es una práctica inmemorial del hombre; es una invención unida al nacimiento de la novela. El humor, pues, no es la risa, la burla, la sátira, sino un aspecto particular de lo cómico, del que dice Paz (y ésta es la clave para comprender la esencia del humor) que "convierte en ambiguo todo lo que toca".

La novela es el reino de la ambigüedad, nos dice Kundera. Sin embargo, no parece que haya nada ambiguo en las palmadas que se da un estudiante de marras mientras se destemilla de la risa. No: su risa es franca y directa, no contiene ironía alguna. Para el estudiante, y probablemente para Felipe III, el libro de Cervantes no era más que lo que -engañosamente-



decía ser. Una simple sátira. En el último párrafo del Quijote, dice la voz narradora que su único deseo ha sido "poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías". Los lectores españoles le creyeron a pie juntillas, pero otra cosa muy distinta pasó en Inglaterra. Los españoles leyeron el Quijote; los ingleses lo interpretaron, lo manipularon, lo utilizaron como herramienta filosófica, social, política. Por supuesto, hay una razón para que esto haya sido así.

Para el lector español, súbito de una monarquía absoluta de corte católico, apostólico y romano, era imposible leer a Cervantes como lo leía un lector que se ha visto rodeado de las nuevas y casi escandalosas ideas liberales de Locke, o que ha visto, a principios del siglo XVIII, el auge del empirismo y racionalismo. La Inglaterra de ese momento es un país en donde los pensadores liberales -los modernos- utilizan a don Quijote como ejemplo de idealismo heroico, invocando tal vez El Elogio de la locura de Erasmo; y la Inglaterra de ese momento es, también el país en que los conservadores utilizan a don Quijote como sátira despiadada de ese mismo idealismo. Frente a las hordas de nuevos pensadores dispuestos a inventar una nueva filosofía, una nueva religión y un nuevo gobierno, Jonathan Swift, el autor de esos Viajes de Gulliver que ahora se leen como libro para niños pero que son una de las piezas de sátira más ágiles de la literatura, inventó la figura de un hombre que, en vez de leer los clásicos griegos y latinos, se entusiasmó tanto con los libros de los Modernos que acabó por enloquecer y creerse capaz de cambiar el mundo. El libro se llamaba A Tale of a Tub, y fue publicado en 1704, cuando apenas comenzaba el siglo en que triunfó el Quijote. Para Swift, los autores de romances merecen "el mismo castigo que los estafadores y los impostores, intolerables para la naturaleza humana, o que los fundadores de nuevas sectas y nuevas formas de vida, por conducir al público ignorante a creer y considerar verdaderas todas las tonterías que en ellas hay". En este ambiente de tensión, en el cual la imaginación es vista por muchos como una forma peligrosa de la locura, y los romances modernos como lecturas dañinas, surge la figura de Henry Fielding. Y entonces todo cambia.

¿Quién era este Fielding y cómo llegó a revolucionar, con ayuda del Quijote, la historia de la ficción en prosa? Ya he mencionado su obra de teatro Don Quijote en Inglaterra de 1729 que, entre otras cosas, cuestiona la noción habitual de locura: en ella, la locura de don Quijote es virtuosa, mientras que el resto del mundo es cuerdo pero corrupto. La obra no tuvo demasiado éxito, pero Fielding siguió escribiendo piezas satíricas, cada vez más fuertes, cuyas víctimas estaban sobre todo en el mundo de la literatura: libreros, actores, dramaturgos, eran azotados sin piedad por Fielding; pero, puesto que el mundo literario se confundía a veces con la alta sociedad, Fielding empezó muy pronto a lanzar sus dardos contra la nobleza y el gobierno de turno. No tengo que señalar que algo así nunca hubiera sido posible bajo la monarquía católica que existía en España. En Inglaterra, en cambio, ese tipo de sátiras contra el poder eran posibles, pero eso no quiere decir que pasaran desapercibidas. Fielding era un enemigo peligroso: cuando el gobierno, con varios pretextos, promulgó una ley restrictiva por la cual las obras de teatro debían ser aprobadas por la autoridad gubernamental antes de ser puestas en escena, Fielding se vio, para todos los efectos prácticos, privado de su medio de subsistencia. Era el año de 1737. Permitanme que resuma brevemente lo que le ocurrió en los cuatro años siguientes: se endeudó hasta el cuello, llegó a quedar detenido por sus deudas publicó una parodia despiadada de uno de los romances más exitosos de la época, se ganó para siempre la enemistad del autor, el clero, la burguesía y el establecimiento literario, sufrió la muerte de su padre y los primeros síntomas de mala salud y, durante el invierno de 1741 a 1742 mientras estaba en cama con una crisis de gota, con un hijo moribundo en la cama de al lado y su esposa gravemente enferma en la única cama sobrante, escribió buena parte de Joseph Andrews. Gran paradoja: el libro que comprendió por primera vez para qué servía la comedia que Cervantes había plasmado en el Quijote fue concebido en uno de los momentos más tristes de la vida del autor.

El defecto de los seguidores de Auden y Unamuno (los lectores religiosos) y de Nabokov (los lectores agelastas) es el mismo y es muy simple: el Quijote no les parece cómico. Para los unos, don Quijote es un mártir, y el libro es su vía crucis; para los otros, don Quijote es una víctima de la crueldad de la época y sobre todo de su autor, pues para nadie en sus cabales puede ser gracioso ese inventario de torturas físicas y espirituales a que es sometido. En cambio Fielding, a partir de Joseph Andrews, no sólo entendió que el Quijote era una gran comedia sino que entendió también que no era sólo una gran comedia: en otras palabras, entendió qué tipo de comedia era la del Quijote, y cómo podía utilizarla un autor cuyos propósitos fueran serios. Sus argumentos están recogidos en el famoso Prefacio de Joseph Andrews, uno de los documentos fundacionales de la narrativa moderna, y a veces se me ocurre que es allí donde nace propiamente la novela europea. Sin mencionar ni una sola vez la novela de Cervantes, este prefacio es el más inteligente y agudo comentario crítico sobre el Quijote que se ha escrito, mejor que cualquier cosa de Auden, mejor que Harold Bloom, y mejor que las trescientas páginas de Nabokov.



## Milagros de la pintura boliviana

# MAGDA ARGUEDAS



Magda Arguedas es el grato ejemplo del progreso evidente, en la tarea siempre perfectible del arte. La nueva tendencia de su pintura, ha sido celebrada con el discernimiento de estimulantes premios como el Gran Premio del Salón Pedro Domingo Murillo - 1974, otorgado por la H. Alcaldía Municipal de La Paz.

Su delicado temperamento queda impreso en su persistente labor, que constituye una obra de renovados impulsos orientados a la búsqueda de un nuevo estilo que amerita el elogio. Una ostensible transformación de gratas manifestaciones ha experimentado su pintura de sugerente color de tonalidades apacibles. Un expresionismo templado, desposeído de caracterizaciones categóricas, ha devenido sutilmente en realismo vigoroso de sensible comunicación.

En su proceso de transición se advierte la presencia de ciertos recursos técnicos, como los empastes, que exaltan la sugerente visión del relieve adaptado adecuadamente al propósito compositivo. Una nueva línea estilística, sella la orientación de su renovada obra de remarcables virtudes.

Sus temas, sin complejidad figurativa, revelan un realismo equilibrado que se magnifica en el contraste del diseño de figuras y volúmenes con los fondos planos de tenue elaboración uniforme. Por ello, sus paisajes que responden al mismo temperamento compositivo, mantienen la sugerente impresión de primer plano sin perspectiva de lejanía.

Como su concepción temática está directamente relacionada con la realidad, sus temas alegóricos de representación de ideas abstractas, son muy escasos en su obra. Sin embargo, muchos de sus cuadros encierran mensajes de certera comunicación.

Armando Soriano Badani



"Voladores". Óleo



"Mañana habrá pan", Acrílico sobre lienzo 130 x 182